

GOBIERNO Y SUBJETIVIDAD EN EL LIBERALISMO Y EL NEOLIBERALISMO

Beatriz Dávila

Universidad Nacional de Entre Ríos
Universidad Nacional de Rosario
beatrizdavilo@hotmail.com

Resumen:

En este artículo intentaremos analizar la genealogía que propone Michel Foucault sobre el problema de las vinculaciones entre gobierno, libertad y verdad, modulada como verdad de sí, en el marco de la racionalidad gubernamental del liberalismo y el neoliberalismo angloamericanos. A través de un recorrido por los debates teóricos y las prácticas políticas liberales y neoliberales, intentamos mostrar cómo se despliegan las tecnologías de subjetivación que producen un sujeto —el *homo economicus*— apto para ser gobernado según la lógica del mercado como mecanismo de veridicción y la competencia como práctica constitutiva de la coexistencia social en el capitalismo tardío.

Palabras clave:

Liberalismo, neoliberalismo, gobierno, subjetividad, *homo economicus*.

Abstract:

This article attempts to analyze the genealogy proposed by Michel Foucault about the problem of the links amongst government, freedom and truth, intended as the truth of the self, in the framework of Angloamerican liberal and neoliberal governmental rationality. Through the development of theoretical debates and political practices related to liberalism and neoliberalism, we try to show how the subjectivation technologies produce a subject fitting the governmental strategy forged according to the market logic acting as a mechanism of veridiction and to the competition as a practice inherent to social coexistence in late capitalism.

Keywords:

Liberalism, Neoliberalism, Government, Subjectivity, *Homo economicus*.

Recibido: 10/03/2016

Aceptado: 04/05/2016

INTRODUCCIÓN

Michel Foucault, en los cursos de 1978 y 1979 dictados en el Collège de France — *Seguridad, territorio y población* y *Nacimiento de la biopolítica* respectivamente— recorta como objeto de análisis el problema de la ‘gubernamentalidad’. Con este concepto, Foucault alude a tres cuestiones (2006: 136):

1) al conjunto de prácticas, instituciones, procedimientos, análisis y reflexiones, cálculos y tácticas que tienen como blanco la población, como forma de ejercicio las tecnologías de seguridad y como saber específico la economía política;

2) a la tendencia o línea de fuerza que en Occidente condujo al predominio de esa forma de poder que llamamos gobierno, sobre todas las demás;

3) al resultado de un proceso que conduce del Estado de justicia de la Edad Media, al Estado administrativo de los siglos XV y XVI, y finalmente al Estado gubernamentalizado.

¿Qué significa que el Estado se ‘gubernamentaliza’? Que concentra la función de gobierno, es decir de conducción de conductas: en el escenario de los siglos XV y XVI, en el que la conducción de conductas no era monopolio de la política, sino que admitía una pluralidad de interlocutores provenientes de diversos campos, se instala la pregunta sobre la posibilidad, o incluso la necesidad, de ‘lastrar’ al poder soberano “con cierta cantidad de tareas que hasta el momento no se le reconocían y que son justamente las tareas de conducción” (Foucault, 2006: 268). Para Foucault, las ‘insurrecciones de conducta’ —entre las que cuenta el Cisma Protestante, la Guerra Civil Inglesa, e incluso la Revolución Francesa— inducen la articulación entre Estado y gobierno, impulsando la ‘gubernamentalización’ del primero. En este proceso, la racionalidad gubernamental del liberalismo, entendida como un principio de autolimitación interno a la práctica de gobierno, produce un punto de inflexión, proponiendo una lógica de ‘gobierno frugal’, de ‘gobernar lo menos posible’ (Foucault, 2007: 27-29).

Este planteo foucaultiano ofrece una perspectiva muy fértil para abordar el liberalismo y el neoliberalismo angloamericanos, puesto que permite incluir en el análisis no solo la teoría política ligada a ellos, sino también todo un conjunto de conflictos y discusiones, acuerdos y concesiones, espacios textuales que van de la literatura erudita a la prensa, y prácticas muy diversas de intervención en el espacio público, a partir de los cuales se van forjando las formas de racionalidad gubernamental que les son propias.

En ambos casos, la práctica gubernamental se articula a una específica matriz subjetiva que es presupuesta y/o suscitada: tanto en el liberalismo como en el neoliberalismo se concibe un determinado tipo de sujeto —que sin duda está ligado a algo que se percibe como dato de la realidad— pero al mismo tiempo se genera toda una serie de tecnologías que apuntan a producir efectos de subjetividad afines a la estrategia gubernamental, de manera de producir al individuo ‘gobernable’.

¿Cuál es, según Foucault, la matriz subjetiva sobre la que opera el liberalismo? La del *homo economicus*, el individuo racional, egoísta y calculador, maximizador de beneficios y minimizador de costos. Para este autor, en el siglo XVIII, la filosofía

empirista inglesa produce una de las mutaciones teóricas más importantes de la historia de la subjetividad y la subjetivación en Occidente: define un sujeto de elecciones individuales motivadas por el interés como una forma de voluntad a la vez inmediata y autocentrada (Foucault, 2007: 311-313), de modo que, como diría Claude Laval, la relación de los individuos con los otros y con la sociedad toma la forma de satisfacción del sí-mismo (2007: 20).

Sin embargo, ese *homo economicus* no es dado de una vez y para siempre, y por lo tanto, es necesario analizar las condiciones políticas, económicas, intelectuales y sociales de la 'fabricación' histórica de ese tipo subjetivo propio del Occidente Moderno (Laval, 2007: 25), para hacer visibles los rasgos singulares de ese artefacto a la vez teórico y político, así como también los puntos de inflexión que marcan las diferencias entre el sujeto más afín a la gubernamentalidad liberal y el que se va modelando en el marco de la racionalidad gubernamental del neoliberalismo. En este sentido, se trata de pensar las modulaciones del individualismo moderno en su vínculo con la consolidación del mundo capitalista en el liberalismo clásico, y con las complejidades del capitalismo tardío en los experimentos neoliberales de fines del siglo XX y principios del XXI. En ambos casos, el abordaje intentará despejar de qué manera el individualismo ha funcionado no solo como opción metodológica sino también como régimen normativo.

EL LIBERALISMO CLÁSICO: EL INDIVIDUO CON INTERESES Y LA LIBERTAD COMO TECNOLOGÍA GUBERNAMENTAL

Las raíces del hombre racional, egoísta y calculador se han asociado a tópicos muy diversos, pero han coincidido en el momento histórico: el siglo XVI. Es ciertamente allí donde puede situarse la mayoría de las cuestiones que se han vinculado a la génesis de ese tipo subjetivo: los inicios del proceso de disolución de las estructuras feudales y la transición al capitalismo, el cisma protestante, la irrupción de una concepción de la política desligada de la moral religiosa, en particular con la figura de Nicolás Maquiavelo (1469-1527).

Es indudable que con la disolución de las estructuras feudales se resquebrajan los lazos orgánicos propios de la comunidad tradicional y esto hace recaer en el individuo las motivaciones y los efectos de su acción. También es iluminador articular la emergencia del individualismo moderno a la concepción protestante, como hace Max Weber, y buscar sus raíces en la imagen calvinista del hombre arrojado al mundo, y en soledad ante Dios, al que debe rendirle cuentas de su paso por la vida terrenal (Weber, 2003 [1905]: 100). Y por supuesto, la mirada maquiaveliana es un punto de inflexión en la historia conceptual del 'individuo calculador', puesto que despoja a la política del lastre de los juicios moralizantes de la religión, ligándola a un principio que hace del interés propio y del de los demás la base del cálculo de la acción política del príncipe (Hirschmann, 1999 [1977]: 56-57).¹

¹ Sin duda, estas referencias son incompletas si lo que se pretende es explorar el campo de reflexión en torno a la invención del individuo moderno. Solo para empezar, cabría desarrollar el análisis de Norbert Elías sobre el modo en que las transformaciones civilizatorias se producen sin un plan previo, pero se ligan al modo en que las coacciones externas se van

Sin embargo es en la Inglaterra del siglo XVIII donde el individuo racional, egoísta y calculador parece convertirse en la piedra angular capaz de sostener el edificio de la economía y la política. Esto puede relacionarse con algunos rasgos de la escena intelectual y política de la época. En primer lugar, cabría mencionar el itinerario que aproxima las pasiones a los intereses en la consideración de la conducta humana y su relación con el orden político —un itinerario que, en rigor, excede al mundo inglés, en el que aquí hacemos foco—. De acuerdo con Albert Hirschmann, puede plantearse una secuencia que va del siglo XVII, cuando se considera que las pasiones son siempre destructivas pero pueden manejarse con una lógica compensatoria, a principios del XVIII, cuando Bernard de Mandeville observa que la habilidad política puede convertir los vicios privados en virtudes públicas, y llega hasta mediados de ese siglo cuando se afianza la idea que el interés puede actuar como un elemento de eficacia calculada e incluso de prudencia. En relación a la idea de Mandeville sobre la habilidad política, Hirschmann señala que no opera de manera sistemática y minuciosa sino más bien a través de la prueba y el error (Hirschmann, 1999 [1977]: 40-42), lo que nos remite al abordaje foucaultiano de la racionalidad gubernamental liberal, a la que sitúa en la confluencia de la práctica de gobierno y la reflexión que ésta suscita.

Pero el gran salto conceptual se da en el siglo XVIII cuando la noción de interés se introduce como una cuña entre la pasión y la razón, consideradas hasta entonces las dos principales motivaciones de la acción humana. El interés parece funcionar como un filtro que racionaliza la pasión porque implica cálculo y prudencia para lograr lo que se ambiciona, y por tanto, el hombre movido por el interés se hace predecible (Hirschmann, 1999 [1977]: 71), y por eso mismo, gobernable.

Esta imagen de un hombre movido por el interés abona otro rasgo clave en la filosofía política inglesa de mediados del siglo XVIII: se acentúa una mirada escéptica frente a las posibilidades que ofrece el sistema político. Las raíces de esta tendencia deben buscarse, según Gordon Schochet, en el predominio de la filosofía empirista de David Hume, que muestra cierta inclinación por un individualismo escéptico en moral y política (1996: 333).

El sistema político, entonces, aparece como precario, tanto en lo que refiere a los principios en los que pretende asentarse, como en relación a las expectativas de compromiso cívico que pueden abrigarse respecto de los sujetos que lo integran. Hume, por ejemplo, reconoce la distancia que hay entre las verdades en sí, que de hecho se puede considerar que existen, y las premisas que funcionan como ‘verdad’

convirtiendo en coacciones internas. Ver ELÍAS, Norbert (2011). *El proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica. No obstante, a los efectos de nuestro análisis, creemos que esta suscita presentación es suficiente para mostrar cómo se han hecho jugar las variables económicas, sociales, políticas e intelectuales para situar en el siglo XVI un clivaje importante en la historia de la subjetividad moderna. Y en particular nos sigue pareciendo fundamental el planteo weberiano porque muestra cómo un *ethos*, un modo de existencia caracterizado por la frugalidad, la disciplina cotidiana, el trabajo como profesión, se convierte en ética, es decir en principios axiológicos reguladores de la conducta individual y colectiva. Sobre esta cuestión, ver BORDIEU, Pierre (2007). *A economía das trocas simbólicas*. Sao Paulo: Perspetiva. Pp. 79-98.

en la política: cuando plantea que ‘todo hombre es un pícaro’, entiende que esta aseveración no implica una verdad de hecho, demostrable en su carácter universal, pero admite que ‘una máxima falsa *de hecho*’ puede ser ‘verdadera en política’ (1965 [1742-3]: 77). Esta observación se acerca a la idea de ‘fecundidad del mal’, tal como lo plantea Pierre Manent: si la falsedad es mala pero produce efectos positivos en el campo político, entonces hay algo potencialmente fértil y beneficioso en eso que consideramos malo (1990: 47).

Hume advierte en los hombres un carácter, si no egoísta, al menos autocentrado: “[...]nuestro primer y más natural sentimiento de lo moral se funda en la naturaleza de nuestras pasiones y de la preferencia a nosotros mismos y a nuestros amigos antes que a los extraños” (Hume, 1965 [1742-1743]: 37). Pero como, en la lógica escéptica de su planteo, no se trata de cambiar al hombre, el desafío que enfrenta el gobierno es poner en marcha no una ingeniería moral, sino una ingeniería política (Phillipson 1993: 230). Y esa ingeniería política consistirá en adecuarse a las interacciones que se suscitan entre esos individuos autocentrados que buscan su propio interés.

Esta teorización acompaña las profundas transformaciones materiales y simbólicas de la sociedad inglesa del siglo XVIII: se hacen visibles las alternativas de enriquecimiento que ofrece el capitalismo en ascenso; se conforma una capa social cuya movilidad es el producto de la acumulación de dinero; entre los trabajadores se va forjando una nueva cultura del trabajo y se modifican las pautas de consumo; se consolida una esfera pública en la que la prensa y los espacios de sociabilidad para distintos sectores —desde los clubes hasta las tabernas, pasando por los ámbitos religiosos— van modelando una subjetividad en la que la percepción de sí se liga a la vinculación con los otros.

En la tematización del individuo calculador y adquisitivo producida por la filosofía inglesa del siglo XVIII se vislumbra como telón de fondo esa sociedad atravesada por una dinámica expansiva que parece ofrecer oportunidades inéditas a la producción de riqueza, pero también la necesidad de dar forma a un sujeto responsable, capaz de hacerse cargo de los efectos de sus actos. En este escenario, la estrategia liberal de gobernar lo menos posible, aceptando los límites que pone el mercado, encuentra en el individuo que orienta su conducta según una lógica adquisitiva al sujeto más apropiado para su racionalidad gubernamental. Si el liberalismo puede formular ese principio de autolimitación del gobierno del que habla Foucault es porque presupone ese tipo humano autogobernado por su propio interés y por lo tanto, como decíamos más arriba, predecible en su accionar. De esta manera, supone que logrará reducir la carga de intervenciones que pesa sobre las instituciones políticas, en el marco de una perspectiva que considera que el gobierno siempre corre el riesgo de gobernar demasiado (Foucault, 2007: 35).²

² Cabe insistir una vez más que este planteo tiene que ver con el liberalismo en tanto racionalidad gubernamental, lo que implica un recorte de objeto más amplio que la teoría, un recorte que la incluye pero la excede. Si ponemos el foco solo en la teoría, obviamente surgen planteos que contradicen la lógica del gobierno frugal que busca no intervenir demasiado. John Stuart Mill, por ejemplo, en el ensayo sobre Coleridge, percibe la paradoja que produce la idea que propone que el Estado debe hacerse sentir lo menos posible y la imposibilidad que

Para evitar ese riesgo, el liberalismo hace del mercado un indicador de verdad en relación a la intervención política: es el mercado el que señala cuánto gobernar, con qué objetivos y cuál es el límite al gobierno. Esto no implica que este no debe intervenir, sino que debe hacerlo acoplándose a la dinámica económica cuando esta lo requiera. En este sentido, uno de los aportes más significativos de la propuesta foucaultiana es, creemos, el haber conceptualizado al mercado como un mecanismo de veridicción (2007: 51). En la perspectiva liberal, el mercado expresa la configuración de un régimen de verdad, es decir, de un conjunto de reglas en relación a las cuales es posible caracterizar algo como verdadero o falso. El liberalismo y su perspectiva ‘naturalista’³ en relación a la dinámica económica —esto es, su afirmación de la existencia de una mecánica natural y espontánea que rige los intercambios entre los individuos según el principio de la libre competencia— definió, en un mismo movimiento, un criterio epistemológico y un principio político: esa mecánica natural y espontánea da cuenta de ‘lo real’ social y le impone a la política una regla de prudencia en relación a sus posibilidades de intervención. El mercado opera, entonces, como el punto de apoyo de una explicación teórica sobre la capacidad autorregulatoria del juego de la libre competencia y de una estrategia política que acepta la necesidad de gobernar lo menos posible según una lógica de adecuación a las tendencias concurrenciales.

La ‘mano invisible’ planteada por Smith —que en el texto original no es la del mercado sino la de un cierto juego de relaciones sociales de producción e intercambio—⁴ funciona como una inteligencia a la vez omniabarcadora y ciega, que

las instituciones políticas funcionen si los hombres solamente atienden a sus intereses egoístas. Pero mientras en *Consideraciones sobre el gobierno representativo* señala que lo que está en el núcleo de la política es el problema de la voluntad, y es necesario hacer que los hombres deseen tener buenas instituciones y trabajen para ello, en *Sobre la libertad* afirma la importancia de la excentricidad como medio para preservar la individualidad frente a la tiranía de la opinión. Uno podría preguntarse qué quedaría de la excentricidad si la política lograra despertar en los hombres el deseo de buenas instituciones, o, dicho de otra manera, si el trabajo sobre la voluntad para despertar ese deseo no menguaría la excentricidad como resguardo de la individualidad. Pero más allá de las dificultades teóricas para resolver el problema de cuánto debe intervenir un gobierno, lo que interesa es cómo el gobierno logra acoplarse a la dinámica de la economía y la sociedad. Esto es visible en Inglaterra, por ejemplo, cuando el gobierno liberal de Lord Grenville decreta la abolición del tráfico de esclavos en 1807: podría decirse que esta medida está en sintonía con los requerimientos del mercado, que tras la revolución industrial necesita ampliar los márgenes del consumo, y los trabajadores esclavos no son consumidores que acuden al mercado para satisfacer sus necesidades, y también acompaña un movimiento humanitario que se iba afianzando en la sociedad inglesa y que condenaba moralmente la esclavitud.

³ Foucault habla de un ‘naturalismo gubernamental’ que sería común al liberalismo y a la fisiocracia (2007: 81-82).

⁴ El famoso pasaje de Adam Smith dice así: “En la medida en que todo individuo procura en lo posible invertir su capital en la actividad nacional y orientar esa actividad para que su producción alcance el máximo valor, todo individuo necesariamente trabaja para hacer que el ingreso anual de la sociedad sea el máximo posible. Es verdad que por regla general él ni intenta promover el interés general ni sabe en qué medida lo está promoviendo [...] al orientar

por lo tanto, no hace diferencia entre los agentes y puede ser presentada como un juego democrático en la habilitación de oportunidades económicas. Frente a ella, el soberano político es impotente porque no puede tener sobre el mecanismo económico “[...] un punto de vista capaz de totalizar cada uno de los elementos y combinarlos de manera artificial o voluntaria” (Foucault, 2007: 323).

El límite que se le pone al gobierno no tiene que ver con el derecho, sino con la utilidad: el problema con el exceso en el gobierno no es que sea ilegítimo sino que es improductivo. Es por esto que los primeros efectos que surgen de la configuración de una práctica liberal de gobierno no apuntan a un régimen plenamente libre en el plano político y jurídico, sino a un orden que se acopla a la dinámica de las relaciones económicas.⁵ Sin embargo, a partir de las libertades económicas se vuelve visible todo un rango de libertades posibles que son funcionales a la tecnología liberal del gobierno. El liberalismo, entonces, produce libertades, no porque las reconozca como dato *a priori* inherente al sujeto, sino porque las necesita para gobernar, porque a través de ellas puede volver previsibles las acciones de los individuos con intereses, y al mismo tiempo poner límites a cada uno de ellos a través de las libertades que reclaman todos los demás. Se desata, entonces,

[...] una especie de bocanada de aire para una enorme legislación, una enorme cantidad de intervenciones gubernamentales que serán la garantía de la producción de la libertad necesaria, precisamente, para gobernar [...] El liberalismo no es lo que acepta la libertad, es lo que se propone fabricarla a cada momento, suscitarla y producirla con, desde luego, todo el conjunto de coacciones, [y] problemas de costo que plantea esta fabricación (Foucault, 2007: 85).⁶

esa actividad de manera de producir un valor máximo, él busca solo su propio beneficio, pero en este caso como en otros una mano invisible lo conduce a promover un objetivo que no entraba en sus propósitos” (Smith, 2011 [1776]: 554).

⁵ A modo de ejemplo, para el caso inglés, podría citarse la manera en que se resuelve la guerra de independencia de los Estados Unidos y la posición que se adopta frente a la independencia hispanoamericana. En ambos casos, la presión de la burguesía inglesa, que teme perder mercados clave para sus productos, inclina la balanza a favor del reconocimiento, aun cuando esta no haya sido la posición originaria oficial del gobierno inglés.

⁶ El planteo foucaultiano acerca de la producción de libertad en el marco de la racionalidad gubernamental del liberalismo puede relacionarse con lo que este autor caracteriza como la capacidad productiva del poder. Por oposición a la hipótesis represiva que supone que el poder se define por la prohibición, Foucault plantea la capacidad productiva del poder: produce discursos de verdad (Foucault, 2000: 34), hace sujetos individuales (Foucault, 2001: 245), y en el régimen liberal, produce libertades. Por otra parte, este enfoque es particularmente fértil en el marco de dos cursos —*Seguridad, territorio y población, y Nacimiento de la biopolítica*— en los que Foucault presta una inusitada atención al Estado en el marco del problema de la gubernamentalidad —dice, por ejemplo, que el Estado es una peripecia de la gubernamentalidad (Foucault, 2006: 291)— y se aboca al análisis de las prácticas de gobierno y la reflexión que ella suscita. No se trata de poner el acento en los discursos, sino, en todo caso en la relación entre prácticas discursivas y arte de gobernar: “lo que que traté de captar, y querría captar también este año, es la manera cómo, dentro y fuera

El tipo subjetivo implícito en lo que actualmente caracterizamos como *homo economicus*⁷ es, en este sentido, la referencia modelizada del individuo gobernable: reúne las condiciones necesarias para gobernar recurriendo a la libertad como una tecnología que se apoya en interés individual. Siguiendo una vez más a Foucault,

¿El *homo economicus* es un átomo de libertad frente a todas las condiciones, todas las empresas, todas las legislaciones, todas las prohibiciones de un gobierno posible? ¿O no era ya cierto tipo de sujeto que justamente permitía al arte liberal de gobernar regularse según el principio de la economía, en los dos sentidos del término: economía como economía política, y economía en cuanto restricción, autolimitación, frugalidad del gobierno? (2007: 310).

Sin embargo, para quienes participan del gobierno y reflexionan a partir de, y en torno a, la práctica gubernamental del liberalismo queda claro que no todos los hombres actúan de manera racional, egoísta y calculadora. Y al mismo tiempo, para la filosofía política liberal es ostensible la dificultad de sostener el vínculo político si lo único que moviliza a los hombres es el interés individual.

Indudablemente, el *homo economicus* está lejos de ser una realidad histórica generalizable en los siglos XVIII y XIX, y por tanto, la racionalidad gubernamental liberal intentará suscitarlo. En esta clave podría leerse, por ejemplo, el surgimiento de las *building societies*, en Inglaterra, hacia la segunda mitad del XIX: se apuntaría, por esta vía, a difundir el hábito del ahorro entre la clase trabajadora, en vistas a la adquisición de una vivienda, estimulándose, mediante una planificación a largo plazo, un sujeto de interés, calculador, que orienta su conducta a partir de una meta futura. En las *building societies* vio Engels, además, un mecanismo para fijar al obrero al trabajo, poniéndole nuevas ‘cadenas’ (Engels, 1873).

De manera que si para gobernar con la libertad se requiere individuos con intereses, podríamos decir que la gubernamentalidad liberal, en los siglos XVIII y XIX, se enfrenta a un universo social bastante reducido, puesto que hay una gran parte de la sociedad que no actúa con la lógica del *homo economicus*. La racionalidad gubernamental del liberalismo funciona cuando el sujeto a gobernar es el burgués emprendedor, y las libertades que produce solo le sirven a él, pero no a las clases desposeídas.

del gobierno y, en todo caso, en la mayor contigüidad posible con la práctica gubernamental, se intentó conceptualizar esa práctica consistente en gobernar” (Foucault, 2007: 17).

⁷ Si bien puede ser discutible en qué medida es válido remontar hasta Adam Smith la identificación de un tipo subjetivo con las características del *homo economicus*, es interesante cómo rastrea Sergio Caruso esta figura. Caruso afirma que la noción de un individuo racional, egoísta y calculador está presente en Adam Smith, Jeremy Bentham y John Stuart Mill, pero la primera vez que se utiliza el concepto de *homo economicus* para conceptualizar ese tipo subjetivo es en 1885, cuando Alfred Marshall da la lección inaugural de su curso de economía en la universidad de Cambridge. Luego aparece en el libro *Principii di Economia Pura*, de Maffeo Pantaleoni, en 1889, y en 1906, Vilfredo Pareto lo utiliza en el *Manuale di Economia Política*, tal vez la versión temprana más conocida (Caruso, 2012: 8-9).

Por otra parte, para la filosofía liberal el hombre que calcula no es simplemente el agente económico en el mercado. Para Adam Smith, por ejemplo, en las acciones humanas se puede ver una conducta calculada cuando el hombre busca la aprobación de los demás, y se preocupa por los sentimientos que despierta en los demás. Y esta conducta calculada no es manipulación, ni simulación, sino la necesidad que, a través del principio de la simpatía, opera en los individuos, moviéndolos a esforzarse por lograr la aceptación de sus pares (Smith, 1941 [1759]: 135).

Estos sentimientos, a través de la simpatía, nos permiten identificarnos con los otros, de manera que, según Smith, la simpatía no puede en modo alguno considerarse una pasión egoísta. Aunque se dice que la simpatía 'surge de un cambio imaginario de situaciones' con el otro, cuando me conduelo por el sufrimiento ajeno, mi aflicción no surge por lo que podría pasarme a mí sino por lo que le ocurre efectivamente al otro (Smith, 1941 [1759]: 142-3).

Por otra parte, la simpatía también permite que los individuos modelen sus conductas ante la mirada del otro: 'colocado frente al juicio y el comportamiento de aquellos con quienes vive' el hombre podrá medir la conveniencia o inconveniencia de sus pasiones (Smith, 1941 [1759]: 101). En este marco, los hombres advertirán, dice Smith, lo que los demás aprueban o repugnan, de manera que lo que se percibe como reglas generales de la moralidad no es sino el resultado de la experiencia social acumulada acerca de lo que se considera bueno o malo, justo o injusto. Una vez que estas reglas han cristalizado, apelamos a ellas como principios universales que proveen normas para evaluar las acciones individuales y colectivas (Smith, 1941 [1759]: 109-111); pero no hay que olvidar que son el producto de la reiteración de actos capaces de movilizar las 'pasiones benévolas'.

Algunos años más tarde, Jeremy Bentham afirma que el hombre actúa tratando de obtener placer y evitar el dolor, y reconoce entre los placeres aquellos que se originan en la aprobación moral de la comunidad o del grupo al que el hombre pertenece, e incluso los que los individuos creen que podrán gozar en la vida ultraterrena (1988 [1789]: 25). Y John Stuart Mill, en 1861, afirma que el gobierno se vuelve imposible cuando la gente sólo piensa en sus intereses egoístas y no se preocupa por el interés general:

Siempre que la disposición general del pueblo sea de tal naturaleza que cada individuo considere nada más sus intereses personales, egoístas, y no se dedique ni se interese por participar en el interés general, es imposible, entonces, que haya un buen gobierno (Mill, 1991 [1861]: 41).

En síntesis, la filosofía liberal del siglo XIX piensa que es posible analizar las relaciones entre los hombres en términos de intercambios calculados, pero que estos no son siempre económicos ni egoístas, sino que en muchas ocasiones responden a la lógica de una moral contractual, que promueve el compromiso con la palabra empeñada (Mauss, 1971 [1923]: 4). Es decir que el *homo economicus* tal como se lo concibe actualmente no es un legado que nos haya llegado ya estructurado o cerrado desde el siglo XIX y de la mano del liberalismo clásico.

De modo que lo que habría que indagar es, en el plano teórico, en qué momento y bajo qué circunstancias la lógica de la economía comienza a devorarse toda forma

de intercambio, y en el de la práctica gubernamental, cuáles son las condiciones que hacen posible una estrategia de gobierno que propicie la asimilación de todas las relaciones interpersonales a la dinámica concurrencial propia del mercado.

EL GOBIERNO EN EL NEOLIBERALISMO: COMPETENCIA Y DESEO

Para analizar la expansión teórica y política del mercado y del *homo economicus* que tiene lugar en el núcleo de la lógica gubernamental neoliberal, es necesario, en primer término, tomar en consideración el proceso por el cual esa gubernamentalidad liberal que produce libertades fundamentalmente económicas va debiendo incorporar a la agenda política nuevas cuestiones que emergen de la presión de las clases subalternas. La racionalidad gubernamental centrada en la libertad como tecnología y apoyada en el individuo con intereses comienza a ser puesta en jaque con la agitación social de mediados del siglo XIX, cuando las luchas por la participación política dejan en evidencia que la libertad y la igualdad que promete la democracia no incluyen las condiciones materiales de vida de los que menos tienen. En este punto cabe recordar lo que dice Foucault sobre el vínculo entre liberalismo y democracia: el encuentro entre ambos fue fortuito, puesto que ni la democracia se planteaba como esencialmente liberal, ni el liberalismo como esencialmente democrático. Sin embargo, en el marco de la racionalidad gubernamental del liberalismo, que hace de la libertad una pieza clave de su tecnología de gobierno, la democracia se vuelve gradualmente un mecanismo institucional que demuestra buena sintonía con la premisa liberal de ‘gobernar lo menos posible’. En este sentido, la participación de los gobernados, aunque sea a través de sus representantes, en la elaboración de la ley por la que se van a regir vuelve menos oneroso el ejercicio del poder político, porque “constituye el modo más eficaz de economía gubernamental” (Foucault, 2007: 363).

No obstante, esta economía gubernamental tiene dificultades para hacerse cargo de las demandas sociales que buscan imponer un esquema diferente de distribución de la riqueza. Las luchas obreras del siglo XIX, el saldo brutal de la Primera Guerra Mundial y la crisis de 1929 jalonan el itinerario del régimen liberal clásico, empujándolo a límites críticos. En este contexto, el ascenso de los totalitarismos, por un lado, y el modelo keynesiano, por el otro, promueven al interior del liberalismo profundas revisiones a las que se les suele adosar el prefijo ‘neo’ para dar cuenta de los elementos novedosos de esos intentos de revitalización. En los años ‘30 ‘neoliberalismo’ no refiere necesariamente a las características que hoy suelen asociarse a esa palabra (es decir un modelo ligado a la defensa a ultranza del mercado como mecanismo espontáneo de regulación de todas las relaciones sociales, estado mínimo o ultramínimo, exacerbación de la competencia), sino que alude a las múltiples estrategias tendientes a volver a instalar al liberalismo como la única alternativa política viable.

Como señala Serge Audier, el *crack* de la Bolsa de Nueva York, en el ‘29, significa para el liberalismo una crisis, a la vez, intelectual, doctrinal y programática. Se hace visible que el optimismo ingenuo de creer que el mercado repara todos los males no

puede proveer ni una clave analítica ni un principio de acción política.⁸ Y lo nuevo que se sintetiza en el prefijo ‘neo’ incluye, en muchas de las propuestas, alguna forma de intervención del Estado. De hecho, Walter Lippman, que es citado por los neoliberales contemporáneos como una suerte de porta-estandarte y ‘padre espiritual’ de los experimentos políticos recientes llevados adelante bajo las banderas del neoliberalismo, no desdeñaba en absoluto la intervención del Estado en la economía, y reconocía su deuda con John Keynes en lo referente a su formación económica (Audier, 2012: 72). También en el Coloquio de Ostende de 1957 —uno de los tres hitos en la configuración de un campo de reflexión ‘neoliberal’, junto con el Coloquio Walter Lippmann de 1938 y la fundación de la Sociedad Mont-Pélérin en 1947— se planteó una fuerte crítica al ‘absolutismo liberal’ que mediante la doctrina del *laissez-faire*, convertida en *laissez-moi faire*, había desviado al liberalismo de sus ‘contenidos humanos, refugio de la dignidad del hombre’. A este modelo clásico oponía un neoliberalismo que respaldaba las intervenciones del Estado compatibles con los mecanismos concurrenciales de fijación de precios. En este sentido, se criticaba el dirigismo, pero no el intervencionismo: mientras el primero tenía pretensiones totalizadoras, el segundo se proponía solamente intervenciones precisas y acotadas, cuando un estudio minucioso así lo sugería (Audier, 2012: 180-183).

En realidad, Audier propone hablar de ‘neoliberalismos’, puesto que su exhaustiva arqueología de la historia intelectual del pensamiento liberal del siglo XX da cuenta de una multiplicidad de propuestas, variadas, ricas y complejas, que resisten la simplificación y homogeneización que suele hacerse actualmente.

Es indudable que el medio siglo que va de la crisis del ‘29 a la puesta en marcha de los dos experimentos políticos más claramente ligados al neoliberalismo —el thatcherismo en Gran Bretaña, y el reaganismo en Norteamérica—,⁹ está atravesado por un debate teórico en el que se expresa una multiplicidad de perspectivas diversas. Pero también es cierto que a partir de las últimas décadas del siglo XX, si analizamos la estrategia gubernamental de muchas administraciones identificadas con esa corriente, podemos encontrar una serie de rasgos comunes, ligados a la expansión teórica y política de la figura del *homo economicus*, la mercantilización de áreas de la vida humana antes ajenas a la lógica del mercado, la exacerbación del consumo como práctica significativa constitutiva de la subjetividad, entre otros.

⁸ Audier cita a Henri Noyelle, un autor de la década de 1930 que denuncia el ‘liberalismo’ automatista y su ‘utopía’ que afirma que el interés personal es generador de competencia y, consecuentemente, de equilibrio automático (2012: 63-64).

⁹ Si bien el caso chileno es considerado un laboratorio de ensayo de las políticas neoliberales, no lo incluimos en la referencia porque se trata de una experiencia en la que el proyecto neoliberal entra a través de una dictadura sangrienta (1973-1990), que poco tiene que ver con el principio de autolimitación que propone la racionalidad gubernamental liberal y neoliberal. Sin duda, sería importante explorar en qué medida el neoliberalismo puede necesitar del aparato represivo del Estado para instalar modelos económicos con enormes costos sociales de pauperización y exclusión, pero en este trabajo intentamos dar cuenta del funcionamiento de esos modelos en el marco del sistema democrático.

Tras la crisis del '29, y más aún luego de finalizada la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo vivió una etapa de crecimiento remarcable, a partir de la articulación entre el modelo de acumulación fordista, el Estado de Bienestar y la democracia de masas:

La tecnología y la organización del trabajo podían mejorar la productividad de trabajadores sin calificación, llevando a una fabricación más barata de productos y un incremento de salarios que hacía posible a los trabajadores comprar más bienes [...] El productor masivo y el consumidor de productos masivos llegaron juntos (Crouch, 2012: 33).

En el período de pos-guerra caracterizado como 'los gloriosos 30 años', se produce entonces una combinación bastante exitosa de democracia, agenda social y capitalismo a través del Estado de bienestar: si el problema con los primeros experimentos democráticos del siglo XIX era que no resolvían las necesidades materiales y simbólicas de las clases subalternas, cuando se encara 'lo social' como problema a través de las políticas welfaristas de pleno empleo y de estímulo al consumo, la democracia delegativa (O'Donnel, 1994) y el capitalismo, logran hacer buenas migas. Se generan, entonces, mecanismos apropiados para institucionalizar la tensión social —por ejemplo las negociaciones entre sectores patronales y sindicatos por rama de trabajo—, y se hace visible que los trabajadores y las capas medias “[...] lejos de ser una amenaza para el capitalismo, podían permitir una expansión de los mercados y las ganancias en una escala sin precedentes” (Crouch, 2012: 35).

En este escenario, las críticas a la política welfarista por los desajustes surgidos de los procesos inflacionarios que ella misma estimulaba, o por las restricciones impuestas por el Estado a unas fuerzas económicas expansivas a través de un modelo de capitalismo 'embridado' o 'encuadrado' —como diría David Harvey (2007: 26)— tuvieron un eco reducido. Pero con la llamada 'crisis del petróleo', de 1974, desde posiciones diversas se argumentó que el Estado de Bienestar tocaba su límite, porque las regulaciones políticas impuestas al mercado —para garantizar pleno empleo, o servicios básicos al conjunto de la población— producían desajustes que beneficiaban solo a los trabajadores más aventajados. En un informe del Banco Mundial de 1995 puede leerse:

Por los obstáculos que pone en la creación de empleos, una reglamentación de seguridad del empleo muy rígida se arriesga a proteger solo a aquellos que tienen un empleo asalariado, a costa de los excluidos, los desempleados y los trabajadores del sector informal, así como del sector rural (en Toussaint, 2012: 53).

Esta estrategia consistente en “presentar a los oprimidos como si fueran opresores”, como diría Eric Toussaint (2012: 52), tiene efectos políticos y teóricos clave en la configuración de una racionalidad gubernamental neoliberal: quebrar las solidaridades de grupo y restituir al *homo economicus* como paradigma del pensamiento y la acción humanos.

Frente a lo que caracteriza como ficcionales mecanismos igualadores promovidos desde el Estado, el neoliberalismo propone al mercado como el más eficaz distribuidor de recursos. El énfasis puesto en la crítica a las diversas formas de protección del trabajo, a las que se achaca el defecto de crear sectores privilegiados

entre los mismos grupos proveedores de fuerza laboral y arraigar una burocracia sindical anquilosada, se complementa con la exaltación de esa suerte de inteligencia espontánea de un mercado que, como la justicia, es ciego y por lo tanto reparte sin mirar a quién, de la manera más democrática, que consiste en premiar con la asignación de oportunidades a los que se muestran con más capacidades para competir.

Podría decirse, siguiendo a Foucault, que el neoliberalismo reactiva la concepción liberal que supone que el mercado es el lugar de formación de una verdad, a la vez económica y política, capaz de mostrar cuánto y cómo intervenir. Si con el auge del Estado de Bienestar, esta concepción, o al menos su potencialidad política, queda en suspenso y funciona como un artefacto teórico esotérico, a partir de la segunda mitad de la década de 1970 se convierte en un orientador político que señala las líneas de reconfiguración estatal.

Sin embargo, no se trata de tanto de reducir las dimensiones del aparato estatal frente a la supremacía de la empresa privada, sino de gestionar el Estado como si fuera una empresa (Laval y Dardot, 2012: 291-294). La gestión empresarial del Estado implica aplicarle a este los parámetros de racionalidad propios de una empresa, de manera que la 'forma-empresa' coloniza la 'forma-estado', y a la luz de esta lógica se definen las políticas de ajuste y de reducción de la planta de empleados públicos, por ejemplo.

No obstante, el neoliberalismo está muy lejos de proponer un Estado en retirada, fundamentalmente porque este es convocado para afianzar el mercado, o crearlo allí donde no lo haya. En este punto es interesante retomar el análisis sobre las alternativas propuestas por las distintas vertientes que, tras la crisis del '29, buscaron renovar el liberalismo y revisar su vínculo con el capitalismo. El neoliberalismo de fines del siglo XX cuenta con un acervo teórico que le permite resituar el vínculo entre Estado y mercado, no condenando al primero a la prescindencia sino asignándole el rol de reforzar al segundo. En este sentido pueden leerse las políticas de privatización de servicios públicos antes prestados por el Estado: se abre así al capital privado un mercado vigoroso que antes había sido atendido por empresas estatales (Crouch, 2012: 127-138).

Además, el modelo neoliberal hereda del Estado de Bienestar un amplio universo de consumidores gestado por las políticas welfaristas de subsidios directos e indirectos. Ante la crisis del Estado de Bienestar, la respuesta del neoliberalismo a los niveles habituales de consumo de amplias capas de la población de sectores medios y bajos es, como diría Crouch, un 'keynesianismo privatizado', es decir, una forma de satisfacción de las expectativas consumistas a través del endeudamiento estimulado por el sector financiero privado que domina el capitalismo contemporáneo:

Las bases de la prosperidad viraron de la fórmula socialdemócrata de clases trabajadoras apoyadas por la intervención del Estado, a la neoliberal conservadora, de bancos, bolsas de valores y mercados financieros. Las personas desempeñan su papel no en tanto trabajadores que buscan mejorar su situación a través de los sindicatos y una legislación que proteja sus derechos laborales y regímenes de seguro social financiados con fondos públicos, sino como titulares de deuda, participantes en mercados

de crédito. Este cambio político fundamental ha sido más profundo que cualquier cosa que pudiera producir la alternancia electoral en el gobierno de partidos nominalmente socialdemócratas, neoliberales y conservadores (Crouch, 2012: 194).

El cambio profundo del que habla Crouch es el que surge de una razón gubernamental que se asienta en mecanismos sociales y subjetivos con inestimable incidencia en el modo en que los individuos se conciben a sí mismos, y apunta a modificar el modo en que las clases subalternas se relacionan entre sí y con el Estado. En este contexto, el concepto de *homo economicus* adquiere otra dimensión: podría hablarse de un refinamiento interno de la categoría, puesto que en ella se condensa la pretensión no solo que la economía sea racional sino que la racionalidad de cualquier comportamiento sea económica (Caruso, 2012: 19).

En este sentido, las teorías neoliberales suponen en el *homo economicus*, más que un ideal-tipo para abordar metodológicamente las acciones humanas, un sustrato antropológico que define la naturaleza de hombres y mujeres. Se pasa, así, de plantear la autonomía de lo económico a definir el primado de lo económico, afirmándose que hay una cierta ‘mentalidad económica’ que se extiende más allá de la esfera pública, penetrando en el ámbito privado y, más aún, en el íntimo.

Bajo la etiqueta de ‘*homo economicus*’ se define el perfil de un individuo fuertemente motivado a maximizar la realización a través de un cálculo utilitario; altamente competitivo, francamente agresivo y egoísta; con capacidad estratégica; y reticente a aceptar cualquier sistema de reglas impuesto desde un centro (Caruso, 2012: 11-13).

Indudablemente estos no son rasgos empíricamente hallables en todos los individuos de la sociedad contemporánea, pero lo que interesa aquí no es constatar su verdad o falsedad en términos de naturaleza antropológica, sino pensar el modo en que, para decirlo con las palabras de Max Weber, el sistema económico —en nuestro caso, el capitalismo según el modelo neoliberal— produce los individuos que requiere. Solo cabría una observación: Weber señala que lo hace a través de la ‘selección económica’, remedo de la selección natural de Darwin, que va dejando en el camino a los que no se adaptan, mientras que en esta fase del capitalismo tardío, pos-industrial, además de este mecanismo —que operaría por la vía negativa— hay toda una serie de tecnologías productivas, que tienden a suscitar una subjetividad que se acomode a los rasgos antes mencionados.

Como dicen Laval y Dardot, si la alianza entre el liberalismo y el capitalismo clásico descansa en el sujeto productivo, la que se forja entre el neoliberalismo y el capitalismo pos-industrial lo hace en el sujeto competitivo. Por esto, se gesta toda una serie de tecnologías destinadas al refuerzo del sí mismo para la competencia: “la racionalidad neoliberal empuja al yo a actuar sobre sí mismo para reforzarse y así sobrevivir en la competición” (2012: 335).

Las técnicas de gestión ligadas a la elaboración y evaluación de proyectos y a la elección de los procedimientos son trasladadas a la vida personal no laboral por diversas propuestas que apuntan al refuerzo del yo, tales como el ‘coaching’, la programación neurolingüística y el análisis transaccional. En todas ellas, si bien la

interpelación más inmediata a los individuos pasa por la optimización de la performance laboral, siempre hay un nexo con el modo en que aquellos encaran la totalidad de su vida.

El léxico de la empresa, según Dardot y Laval, unifica diversos 'regímenes de existencia', permitiendo articular en la matriz 'empresarial' todos los elementos de la vida social e individual. Así, el yo es incitado a concebirse como locus de acumulación de los más diversos tipos de capital: intelectual, profesional, afectivo, social, emocional, tal como proponen las teorías del capital humano que piensan un individuo que actúa como 'empresario de sí mismo' (Dardot y Laval, 2012: 336).

Pero si el sujeto está dispuesto a trabajar sobre sí mismo forjándose como *locus* de variadas formas de capital es porque lo mueve el deseo. Podría decirse que así como en el liberalismo clásico se supone, y se estimula, una matriz subjetiva en la que el motor de la acción es el interés, en el neoliberalismo se suma el deseo, un deseo que no tiene objeto porque está continuamente ampliando su horizonte. Sobre esta base, la gubernamentalidad neoliberal pone en juego tácticas de instrumentación cotidiana de estímulo del deseo y de la docilidad de los consumidores, y sobre esta base funciona la disciplina de la deuda, es decir, mecanismos de control de las acciones individuales y colectivas a través de un endeudamiento que financia el consumo de los objetos deseados, obligando a hombres y mujeres a una planificación cuidadosa de la vida privada y laboral.

De esta manera, se introduce un principio de racionalización del deseo: se puede gestionar la vida en función del deseo, pero a condición de dominarlo elaborando las estrategias adecuadas. Esta forma de gobierno de sí se conecta con el gobierno de la sociedad a través de una ética, un *ethos*, un modo de existencia centrada en la autoobservación y el trabajo sobre sí en función de la gestión de la propia vida (Laval y Dardot, 2012: 336).

Para cerrar, cabría preguntarse si esta racionalidad gubernamental orientada al individuo considerado como sujeto de deseo y de competencia puede gobernar lo social. Si conectamos lo social, en tanto espacio de lo común, con las demandas de aquellos grupos más ignorados por el sistema, ¿puede funcionar una estrategia que les propone a hombres y mujeres desposeídos de las más variadas formas de capital — simbólico, cultural, económico— convertirse en 'empresarios de sí mismos'?

En este marco aparece la cuestión del empoderamiento, entendido como la dotación de recursos para la gestión de la propia vida, individual y colectiva. Pero el empoderamiento implica, en ocasiones, aliviar las cargas del Estado en relación a las políticas redistributivas, impulsando la gestión comunitaria de las carencias. En este sentido, hay una diferencia abismal entre la encomiable tarea de habilitar a hombres y mujeres espacios de ejercicio de derechos sociales y políticos a través del empoderamiento, y el repliegue del Estado en relación a cuestiones que requieren necesariamente su intervención en auxilio de los más desaventajados. Asociada a un discurso que pondera el corrimiento del Estado como condición para potenciar las capacidades individuales, la racionalidad gubernamental neoliberal tiende siempre a empujar esa delgada línea en beneficio de la lógica del mercado.

A MODO DE CIERRE

Analizar el liberalismo y el neoliberalismo en clave de racionalidad gubernamental implica abordar cómo tienden estos a estructurar y organizar no solamente la acción de los gobiernos sino también la conducta de los gobernados. Si bien es cierto, como señala Audier, que en relación al neoliberalismo cualquier procedimiento de homogeneización teórica incurre en un exceso de simplificación, también es posible ver que en términos de estrategia gubernamental se perciben elementos constantes que probablemente resultan de la escala planetaria que ha alcanzado un modelo de acumulación combativo y aguerrido a través del cual se fue configurando el mundo global.

De cualquier manera, el neoliberalismo potencia elementos que ya estaban presentes en el liberalismo clásico. Ambos habilitan un régimen discursivo que implica una partición entre lo decible y lo no decible, en relación a la política, el gobierno, los hombres, la sociedad, y al mismo tiempo, todo un campo de prácticas asociadas a ese régimen. Siguiendo a Michel Foucault, podemos decir que el liberalismo clásico inaugura un régimen de veridicción que sitúa en el mercado el lugar de producción de la verdad en relación a la política y la economía, y que ese régimen, fácticamente puesto en suspenso durante los treinta años gloriosos del Estado de Bienestar, se reinstala con vigor a partir del último cuarto del siglo XX.

En relación al tipo subjetivo que se recorta como sujeto gobernable, el *homo economicus* presupuesto en el siglo XIX no tiene las características del que identifica el neoliberalismo. El sujeto del liberalismo clásico participa de una multiplicidad de intercambios calculados que no se agotan en la lógica de la economía, y en todo caso, en su cálculo, intervienen expectativas ligadas a la afectividad, al reconocimiento moral, a las creencias religiosas. Es con el neoliberalismo que la economía pretende colonizar todo el espectro de intercambios y el *homo economicus* exhibe esa exasperación naturalista del individualismo adquisitivo, como diría Caruso (2012: 17).

Esta conceptualización que subtiende la teoría tiene, a su vez, efectos políticos. Podría decirse que el neoliberalismo nos empuja a habitar el régimen de verdad del mercado, desplegando toda una serie de tecnologías que inducen a los hombres y mujeres a llegar a la verdad sobre sí mismos en su condición sujetos económicos. Este planteo abre un campo de interrogantes sumamente iluminadores para la política moderna: qué experiencia de sí se le habilita al sujeto en el marco de las reglas de veridicción del mercado, qué campo de subjetividad se liga a la idea de una convivencia social reglada por la mano invisible del mercado, qué efectos de subjetivación produce ese discurso que les dice a los individuos que son racionales, egoístas, adquisitivos, maximizadores de beneficios. Y el punto de apoyo de esas tecnologías de subjetivación es el deseo: el *homo economicus* es un sujeto de deseo, y la gestión racional de ese deseo aparece como el modo de construir un paisaje social poblado de 'empresarios de sí' que compiten, se endeudan para satisfacer su deseo, y actúan de manera previsible para la maquinaria gubernamental descentrada y capilar propia de esta fase del capitalismo tardío. Obviamente, estos mecanismos de producción de subjetividad van acompañados, como diría Foucault, por todo un conjunto de coacciones: el sujeto que compete está forzado a hacerlo por el aumento de la tasa de desempleo; el sujeto que se convierte en 'empresario de sí' está

presionado por una legislación que flexibiliza las condiciones de contratación laboral y por lo tanto desarticula el viejo modelo de empleo del Estado de Bienestar; el sujeto que se endeuda está obligado a insertarse en la lógica de bancarización del capitalismo financiero para acceder a las más diversas formas de consumo. Pero la cuestión, que dejamos abierta, es cómo se naturalizan estas prácticas y cuáles son las respuestas asumidas por mujeres y hombres cuyas vidas se ven sacudidas por los avatares del capitalismo global. De lo que se trata, en definitiva, es, como diría Foucault, de mostrar

[...] a la gente que son mucho más libres de lo que se sienten, que la gente acepta como verdad, como evidencia, algunos temas que han sido contruidos durante cierto momento de la historia, y que esa pretendida evidencia puede ser criticada y destruida (Foucault, 1990: 143).

BIBLIOGRAFÍA

- AUDIER, Serge (2012). *Néo-liberalisme(s). Une archeologie intellectuelle*. Paris: Grasset.
- BENTHAM, Jeremy (1988). *The principles of morals and legislation*. New York: Prometheus [1789].
- CROUCH, Colin (2012). *La extraña no-muerte del neoliberalismo*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- ENGELS, Friedrich (1873). *Contribución al problema de la vivienda*. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/vivienda>
- FOUCAULT, Michel (1990). "Verdad, individuo y poder". En *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós.
- (2000). *Defender la sociedad*, Buenos Aires: FCE.
- (2001). "El sujeto y el poder". En DREYFUS, Hubert y RABINOW, Paul. *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2006). *Seguridad, territorio y población*. Buenos Aires: FCE.
- (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: FCE.
- HARVEY, David (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- HIRSCHMAN, Albert (1999). *Las pasiones y los intereses*. México: FCE [1977].
- HUME, David (1965). "Sobre el origen de la justicia y de la propiedad". En *Ensayos políticos*. México: Herrero Hermanos [1742-3].
- MAUSS, Marcel (1971). *Ensayo sobre los dones: razón y forma del cambio en las sociedades primitivas*. Madrid: Tecnos [1923].
- MILL, John Stuart (1991). *Consideraciones sobre el gobierno representativo*. México: Gernika [1861].

- (1840). *Coleridge*. Disponible en http://oll.libertyfund.org/?option=com_staticxt&staticfile=show.php%3Ftitle=241&chapter=21494&layout=html&Itemid=27
- LAVAL, Claude (2007). *L'homme économique. Essais sur les racines du néolibéralisme*. Paris: Gallimard.
- y DARDOT, Pierre (2012). *La nueva razón del mundo*. Barcelona: Gedisa.
- MANENT, Pierre (1990). *Historia del pensamiento liberal*. Buenos Aires: Emecé.
- O'DONNELL, Guillermo (1994). "Democracia delegativa". *Journal of Democracy*. Vol. 5, N° 1, pp. 55-69.
- PHILLIPSON, Nicholas (1993). "Politeness and politics in the reigns of Anne and the early Hanoverians". En POCOCK, J.G.A. *The varieties of British political thought, 1500-1800*. Great Britain: Cambridge University Press.
- SMITH, Adam (1941). *Teoría de los sentimientos morales*. México: El Colegio de México/FCE [1759].
- (2011). *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza [1776].
- SCHOCHET, Gordon (1996). "Why should history matter? Political theory and the history of discourse". En POCOCK, J.G.A. *The varieties of British political thought, 1500-1800*. Great Britain: Cambridge University Press.
- TOUSSAINT, Eric (2012). *Neoliberalismo. Breve historia del infierno*. Buenos Aires: Capital Cultural.
- WEBER, Max (2004). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Buenos Aires: Prometeo, [1905].

